

Gente Menuda

PERIODICO INFANTIL

SE PUBLICA LOS DOMINGOS



NÚMERO SUELTO, 10 CÉNTS

AÑO IV

MADRID, 24 DE ENERO DE 1909

NUMERO 56



« PERIQUIN »

Paseando un día *Periquín* se alejó de su casa más de lo ordinario, y gozando de las delicias del campo no se dió cuenta de la distancia que había recorrido. Cansado de jugar, se acercó á un arroyuelo y bebió agua. Cuando estaba con la cabeza baja sintió que una mano enorme le cogía por el cuello y le levantaba á gran altura. El pobre

Ayuntamiento de Madrid

se sobrecogió de espanto al verse en poder de un gigante, que, al parecer, no quería matarle, puesto que le acariciaba; pero como sus manos eran tan grandes casi le ahogaban.

El gigante se le metió en un bolsillo y echó á andar. Al cabo de un buen rato le sacó, y *Periquín* se encontró en un cuarto inmenso con una chimenea en la cual ardía un montón de leña. Varios gigantes alrededor del fuego charlaban y reían. Al verle se levantaron y le tributaron una gran ovación; pasó de mano en mano, y aunque creyó entender á uno de ellos que no le hiciesen daño, sufrió horriblemente cuando aquellos dedos enormes le oprimían. Al pronto pensó que iba á servirles de cena, pero se tranquilizó al ver que le encerraban en un cuartito rodeado de barras de hierro, cruzadas en tal forma que era inútil pensar en la huída.

Aquellos hombres horribles le dieron agua y bizcocho, pero el pobre estaba tan asustado que no bebió ni comió. El infeliz se acurrucó en un rincón esperando el momento en que uno de ellos le pusiese al fuego en una cacerola. Afortunadamente, no fué así. Al poco rato los gigantes se fueron, la lumbre su consumió, y todo quedó envuelto en las tinieblas de la noche.

Periquín no pudo conciliar el sueño pensando en su madre, en el frondoso bosque con sus corpulentos árboles y en la verde hierba esmaltada de flores. Recordó los días felices en que, seguido de su madre, siempre alerta para librarle de cualquier peligro, corría y saltaba á la orilla de aquel arroyo donde le sorprendió el gigante. En éstas ó parecidas reflexiones pasó la noche. Al amanecer del día siguiente los rayos del sol penetraron en su prisión, causándole una pena tan grande, que casi le produjo alegría ver aproximarse á su cruel carcelero, esperando que de una vez le quitase la vida.

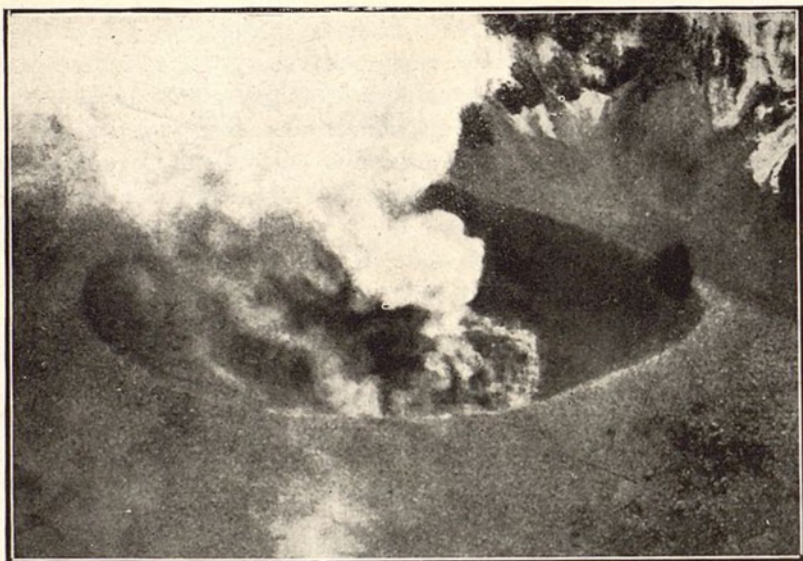
El gigante introdujo entre las barras de hierro una varita y empujó á *Periquín* para que se moviese; le quería enseñar á saltar, á la vez que le decía: «Canta, canta, no seas tonto.» Convencido de que no conseguía su deseo, abrió la puerta y le sacó, viendo con asombro que *Periquín* estaba muerto.

El gigante era un niño turbulento y caprichoso; *Periquín* era un pajarillo que desconocía las aficiones de los chicos poco reflexivos y que ignoran que á los pajaritos que viven en libertad no se les puede tratar como á los que nacen en una jaula. Estos son felices picando un terrón de azúcar ó un poco de bizcocho, viviendo dentro de una casa y saliendo durante un par de horas al balcón á tomar el sol. Los otros, los que nacen en la copa de un árbol, resguardándose en Agos-

to de los ardorosos rayos del sol entre las madreselvas á la orilla de un río, ó entre las ramas de un castaño secular, y guareciéndose de los rigores del invierno entre las piedras de antiguas ruínas ó bajo el alero de un tejado, esos no pueden vivir encerrados. Si alguna vez os asalta la tentación de coger un nido, acordaros de *Periquín*, y pensad que aunque colméis de caricias á los pajarillos, al privarlos de libertad les ocasionáis la muerte.

M.^a DOLORES DE PERALES.





EL FUEGO

La naturaleza misteriosa del fuego, su relación con el calor y con la luz del sol, su papel importante en el fenómeno del rayo, debieron impresionar la imaginación de los hombres primitivos, añadiéndose á esto un sentimiento de gratitud, nacido de la utilidad que para la vida tienen las aplicaciones del fuego, por lo que no es extraño que se le considerase obra divina y se le adorase como á tal.

Esto ocurrió, sin duda, en los primeros tiempos de la humanidad, pues son contadas las religiones antiguas que no tienen en su origen alguna personificación del fuego, que simbolizaba, bien el que provenía del cielo como manifestación de la cólera de los dioses, por ejemplo, bien el pacífico y bienhechor que utilizaba la familia en el hogar donde se preparaba el sustento, junto al cual defendíase de los ataques del frío y encontraba claridad que oponer á las sombras de la noche.

Así, en casi todos los pueblos de origen ario se profesa el culto al fuego del hogar familiar, siendo representaciones vivientes de ello Estia, en Grecia, Vesta y Vulcano, en Roma.

Nadie ignora que el culto á Vesta consistía en mantener siempre vivo el fuego ardiente en el ara sagrada, ocupación en que se empleaban las vestales.

Los caldeos adoraban el sol, la luna y los astros, símbolos de la luz cuyo origen es el fuego; los persas, los medas y todos los pueblos que habitaban la parte alta del Asia tuvieron el culto de éste. Cuando los

españoles descubrieron la America, encontraronse con que los mejicanos y los peruanos, entre otros pueblos, adoraban también el fuego y el sol.

En los tiempos primitivos debió constituir un verdadero problema el encender el fuego, pues seguramente pasaron bastantes años hasta que se descubrió que el choque del eslabón contra el pedernal produce chispas, las cuales, cayendo sobre una materia bien seca, dan origen á la llama.

No hay para qué decir que de este modo de hacer fuego, á las modernas cerillas fosfóricas, han mediado muchísimos siglos.

Al observar los hombres que conforme se penetra dentro de la tierra se nota una elevación de la temperatura, y que á cierta profundidad en el interior de las minas aumenta el calor á razón de un grado por cada 33 metros que se ahonda, pensaron que si ese fenómeno continúa produciéndose á medida que se penetra en el interior de la corteza terrestre, á los 20 kilómetros de la superficie habrá una temperatura equivalente á 666 grados, y hacia el centro del planeta, ó sea á los 6.366 kilómetros de profundidad, el calor será de 200.000 grados. Estas deducciones (caso de que fueran ciertas) vendrían á demostrar que la tierra es un globo de fuego recubierto por una corteza sólida de escaso espesor, formada por el paulatino enfriamiento de la parte exterior de la masa al evolucionar por los espacios interplanetarios describiendo su órbita alrededor del sol.

Esta teoría del *fuego central* explicaría la existencia de los volcanes, que serían verdaderos respiraderos por donde se escapase, de cuando en cuando, el exceso de ese fuego interno; la de las fuentes de aguas termales, que tanto abundan en todos los países; la de los terremotos, que con harta frecuencia vienen á causar desolación y estragos en distintos puntos del globo, puesto que los producirían los gases que, acumulados en el centro de la tierra, encontrasen salida por los puntos en donde la corteza terrestre ofreciera menor resistencia.

Pero esta teoría no está comprobada ni mucho menos, y contra ella presentan otra los sabios, que aseguran, fundados en poderosas razones y cálculos matemáticos, que nuestro globo es completamente sólido y compacto, y que hay que atribuir los fenómenos volcánicos á otras causas, tales como, por ejemplo, las acciones químicas que se originan, á no mucha distancia de la superficie de la tierra, por consecuencia, quizá, de la descomposición de grandes masas de sulfuros y de las distintas combinaciones que pueden tener lugar por virtud de la acción de las aguas que se filtran por los terrenos. Como argumento favorable á esta corriente de ideas, debe observarse que los volcanes suelen estar próximos al mar ó á grandes lagos, y la repetición de este hecho hace pensar en la verosimilitud de lo apuntado, puesto que no se produciría si los volcanes fueran simples respiraderos por donde el exceso del fuego interno se escapa, convulsionando la tierra, derrocando ciudades y llevando la muerte y la ruina á comarcas enteras.



LAS BONDADES DE NINI

XI

¿Dónde están las hadas, y los perros, y los bichos, y el río, y la barca, y la trompeta?—pregunté sentándome en la cama.

—¡¡¡Gracias á Dios!!!—dijeron mis papás y los abuelitos, y cr. o que también don Manuel, el médico.

—¡Ya tenemos Nini!—dijo éste.—¡Se ha salvado!

—¡Sí! ¡Sí!—contesté.—Me he salvado, pero gracias á la Virgen, porque lo que es vosotros maldito si veníais cuando yo os estaba llamando. ¡Vaya unos papás! Están sabiendo que á su hija se la van á comer unos bichos y no hacen caso ni nada.

—¡A callar, Nini!—dijo el médico.—Estás malita todavía, y has de ser muy obediente.

—¿Que estoy malita? ¡Ay, qué gracia! ¡Si eso es mentira!

—Cállate, Nini, hija mía—volvió á decir mamá acariciándome.

—¡Pero si estoy buena, y he hecho un viaje, primero muy feo y después muy bonito! ¡Si os voy á contar la mar de cosas!

—Si no obedece no respondo de ella—dijo don Manuel.

—Mira, Nini—dijo entonces papá.—Ya sabes que yo te quiero mucho, ¿verdad? Bueno; pues te compraré muchísimos juguetes si te estás muy calladita hasta la noche... Porque tú no lo sabes, pero has estado muy malita, y don Manuel dice que si hablas se te caerá la lengua, y te quedarás sin lengua y sin juguetes. Así es que estate quietecita y á ser obediente. ¿Me has entendido?

Ya lo creo que lo entendí, pero no me dió la gana de contestar; ¡cualquier día! ¡Para que se me callese la lengua! Cerré los ojos y me callé, y hasta me parece que me dormí un rato. Cuando abrí otra vez los ojos seguían todos á mi lado. Mamá preguntó:

—¿Te duele la cabecita, Nini?

¡Bueno, gracias!—pensé.—¡Cualquier día respondo!

Ayuntamiento de Madrid

Entonces dijo un abuelo:

—¿Cómo estás, encantador bebé?

A la otra puerta—seguí pensando,—y callada.

—Dime, muñequita—dijo el otro abuelo.—¿Tienes sed?

Sí que la tenía, pero tampoco me dió la gana de responder, ¡para quedarme sin lengua!

Ví que se ponían muy tristes todos, y yo pensaba: ¡Pues señor, son tontos!; me encargan que no hable, me dicen que se caerá la lengua, me prometen juguetes si me callo... y después todos me hacen la mar de preguntas, y se ponen murrios porque no contesto.

—¿Te duele la boca, nena?—preguntó mamá, y yo no contesté tampoco, pero me asombraba de que todos fuesen así, que ni siquiera se acordasen de lo que me habían dicho.

Pasó mucho rato y vino otra vez don Manuel; al verle, le dijeron:

—¡Ay, doctor! ¿Habrà alguna complicación grave? ¡Nuestra Nini no habla! ¡Aunque se la pregunte no habla!

—Veamos—contestó el médico.—¡Nini, saca la lengua!

Esto va bueno—pensé,—se conoce que quiere enterarse de si está bien fuerte dentro de la boca, y saqué la lengua

—¡Perfectamente!—dijo don Manuel.—¿Y se puede saber qué la ocurre á doña Nini que no habla? Vamos á ver...

—¡Ya me va cargando á mí esto!—grité muy fuerte.—¿Pues no me han dicho que se me caería la lengua si hablo? ¡Pues en qué quedamos! ¿Para qué diantre queréis que hable? No me da la gana hablar, y sois unos raros y unos tontos, y no os quiero, y ahora me callo y no me preguntéis cosas porque Nini quiere tener lengua, y no vuelvo á hablar. ¡Carambita con la gente! ¡Que se marchen todos!

—Quedamos perfectamente enterados—dijo don Manuel riéndose.

Y se fué á charlar con mamá y los abuelos. Oí que los decía:

—Está fuera de peligro, y sólo hace falta que esté tranquila. Ya ven ustedes que ni su inteligencia ni su cabecita han quedado resentidas del ataque... Ya dije que me parecía que sólo el exceso de vino lo motivó, y que pasado el primer peligro no quedaría rastro...

¿Cuándo habré estado con *ataque*, si yo no he notado absolutamente nada?—pensé.—¡Esto sí que está gracioso! Yo he estado de paseo en aquellos sitios tan extraños, y aquí dicen que he estado enferma. ¡Cualquiera entiende este lío!

MARÍA ATOCHA OSSORIO Y GALLARDO





VISTA DE MESSINA

Messina, víctima de la tremenda catástrofe cuyo triste relato ha conmovido al mundo, ocupaba una posición maravillosa al pie del monte Peloro, y delante de uno de los más hermosos puertos de Europa, en un kilómetro y medio de extensión.

En sus largos muelles, llamados de la Marina, había una sucesión de

edificios de tres pisos, de arquitectura uniforme y monumental, que formaban el barrio aristocrático. Todos estos edificios han sido derruidos por la ola inmensa que invadió los muelles durante el terremoto. Destruídos quedaron también el Ayuntamiento, la Bolsa, el palacio de Correos y Telégrafos, y hoteles llenos de viajeros.



ROUGET DE LISLE CANTANDO LA MARSELLESA EN CASA DEL ALCALDE DE STRASBURGO
CUADRO DE PILS

EL AUTOR DE LA MARSELLESA

El autor del himno nacional de la República francesa fué el oficial Rouget de Lisle, nacido en 1760. Demostró desde niño una gran afición á la poesía y á la música y entró en la escuela de Ingenieros militares, saliendo de teniente en 1784. Ascendido á capitán en 1789, hallábase de guarnición en Strasburgo en el momento de la declaración de la guerra á Austria (1792), y entonces compuso la letra y la música de *La Marsellesa* que en una librería de la ciudad apareció con el título *Canto de guerra para el ejército del Rhin*, dedicado al general Laknec. La última estrofa del himno no es suya, según él mismo declaró. Hay que advertir que no tuvo la intención de componer un himno republicano. Partidario de la Monarquía, rehusó quebrantar el juramento de fidelidad á Luis XVI. Hasta llegó á cambiar dos versos del canto que le parecieron muy atrevidos. Prestaba sus servicios en el ejército de las Ardenas, y durante la época del *terror* fué preso por sospechoso. Libertado á la muerte de Rebespierre, compuso el *canto del Thermidor*. Enviado en 1795 al ejército de Brest, hizo dimisión y vivió obscura y pobremente hasta la revolución de Julio. El Rey Luis Felipe le hizo caballero de la Legión de Honor y le concedió una pensión. Murió en 1836.

Ayuntamiento de Madrid



RELATOS DE CAZA

«Unos levantan la caza...»

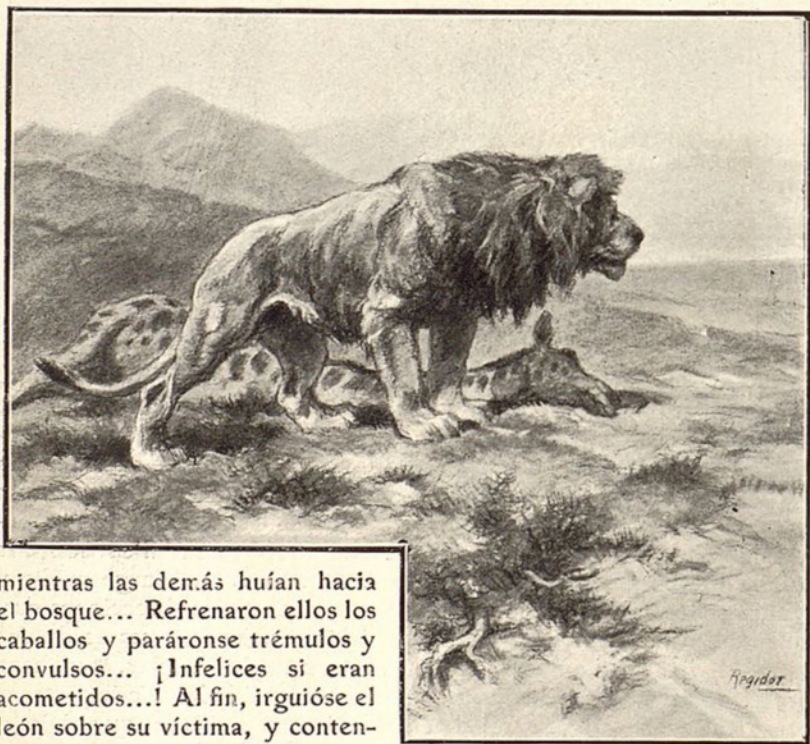
Seguido Mercier de sus seis valientes criados nubios salió cierto día, al mediar la tarde, en persecución de una manada de jirafas que sus ojeadores habían visto en los linderos de un próximo bosque. Montados en finos caballos caminaron á toda prisa, ansiosos de terminar la cacería antes de que anoheciera; pero con todo, sólo pasada una hora lograron avistar la hermosa manada. Componíase ésta de seis corpulentas jirafas, de las cuales cinco estaban adormecidas al sol sobre la menuda hierbecilla, mientras que la otra, enhiesto el largo cuello y erguida sobre sus delgadas patas, avizoraba en todas direcciones cual vigilante centinela. Acontecióles bien á los cazadores, pues colocados contra el viento y amparados por un grupo de árboles, pudieron librarse de ser vistos y acercarse más á sus descuidadas víctimas; pero apenas tuvieron que mostrarse al descubierto cuando la que vigilaba despertó á sus compañeras con una especie de relincho, y todas juntas emprendieron una velocísima carrera. Entonces se alzó Mercier sobre los estribos, y gritó:

—¡A ellas, á ellas! ¡Que no se metan en el bosque...!

Partieron los caballos raudos como el viento, y empezaron á acosar á la tímida manada, apartándola del tupido bosque y empujándola hacia una crestería de peladas rocas que á flor de tierra se alzaban doradas por el sol. Todo marchó á pedir de boca. Las jirafas fueron

hacia donde los cazadores las echaban. Corrían con todas sus fuerzas; pero visiblemente perdían terreno, y no tardarían mucho en caer rendidas y exánimes. Los nubios, con Mercier al frente, aguijaban á los caballos, dando roncós gritos que retumbaban temerosamente por el campo, y los nobles brutos galopaban como ligeras gacelas.

Llegaron por fin á las rocas, y, cercanos á las fugitivas, ordenó Mercier que prepararan los lazos y requirieran las lanzas, pues las cuitadas estaban ya á tan corta distancia, que se percibía su quejumbroso jadar; pero, cuando iban á acometerlas, sintieron de pronto un rugido formidable, y vieron, espantados, que un soberbio león, saltando de detrás de un pedrusco, se precipitaba sobre la más hermosa jirafa y la aplanaba contra el suelo y la mordisqueaba y desgarraba,



mientras las demás huían hacia el bosque... Refrenaron ellos los caballos y paráronse trémulos y convulsos... ¡Infelices si eran acometidos...! Al fin, irguióse el león sobre su víctima, y contentándose con mirarlos de hito en hito, cargóse á la espalda y corrió con ella hacia el bosque para devorarla en su caverna. Respiraron entonces los cazadores, porque comprendieron que habían estado á dos dedos de morir, y cuando el rey de la selva desapareció en lontananza, exclamó uno de los nubios:

—De traer nuestros rifles, no hubiéramos sido sus ojeadores...

—Hubiéramos doblado la caza—añadió Mercier;—pero como no los traemos, vámonos, no vayamos á ser sus postres...

UN GUIGNOL POR DENTRO



POLICHINELA DE GRAN GALA

edad. Es curioso conocer el aspecto interior de este teatrillo. El sitio reservado al actor suele tener 2,50 metros de ancho y 1,60 de fondo, pues el resto de la profundidad se destina á guardar los bancos y las sillas. No hay en este teatro más que un actor, que va cambiando de voz, según el personaje que habla, y que gracias á una prodigiosa ligereza ejecuta la gran variedad de los movimientos de las figuras. Está en una especie de foso, pues la escena viene á la altura de su cabeza, y detrás tiene las decoraciones, suspendidas como cortinas, y le basta con tirar de una cuerda para hacer una mutación.

Delante, y colgados de un corchete á una varilla de hierro, tiene, *cabeza abajo*, los muñecos.

Cuando el actor quiere presentar un personaje en escena, introduce su brazo en la

El teatrillo de muñecos que tanto os gusta y os hace morir de risa, conserva su nombre en francés porque vino á nuestra patria de la vecina República. Allí tiene el teatro Guignol su historia. El auténtico y el verdadero Guignol procedía de Lyon, y fué llevado á París por Mad. Dumont, á principios del siglo pasado, y aclimatado en la capital de Francia por Anatolio. ¿Quién era Anatolio? Un pobre golfillo de París, que vendía por las calles cestitas de mimbre. Mad. Dumont observó su cara alegre y vivaracha y sus graciosas travesuras, y le contrató. Pasaron los años, y Anatolio llegó á ser propietario del teatro, director, autor y actor, todo en una pieza. El género importado de Lyon era una especie de opereta, y Anatolio lo transformó en comedia, con buena dosis de sainete y bufonada. Anatolio murió el año 1893, á los cincuenta y dos de



POLICHINELA DE DIARIO

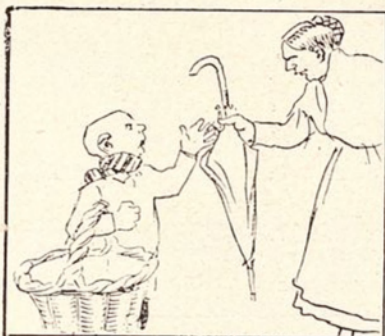


ENTRE BASTIDORES

ropa del muñeco y desliza el dedo índice en un agujero de su cabeza de madera, mete el pulgar en la manga izquierda y el dedo medio en la derecha. El monigote parece entonces que tiene brazos que se apoderan de un garrote, de una campana ó de una escoba; brazos que acarician ó que sacuden buenos bofetones, y que hacen la ilusión de un ser vivo. Una plancha de cinc que hay á sus pies le permite imitar los truenos. La profesión de actor en un Guignol es más difícil de lo que parece. Hay que tener buenos pulmones y pester ingenio y gracia.

Ayuntamiento de Madrid

LA NEVADA



—Lleva este paraguas, Manolín, que está muy nublado...—le dijo su madre al enviarle á buscar unos encargos.



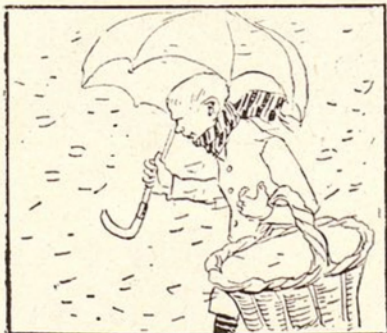
Manolín, sin perder momento, se puso en camino y se dirigió al monte para tomar el estajo y llegar antes.



No tardó en sentir sobre su cabeza unas chispitas frías, que poco á poco fueron convirtiéndose en copos grandes.



Este es el momento de usar el paraguas, se dijo, pero no fué fácil tarea abrir aquel armatoste pesado.



Al cabo lo consiguió, y prosiguió su marcha, mientras la nevada, cada vez más copiosa, iba horrando las sendas.



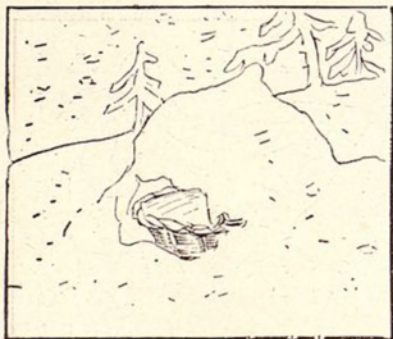
Llegó un momento en que la marcha era imposible; sus pies se helaban, y Manolín se metió en la cesta.



Allí se acurrucó, y cubriéndose con el paraguas se dispuso á aguantar aquel temporal terrible.



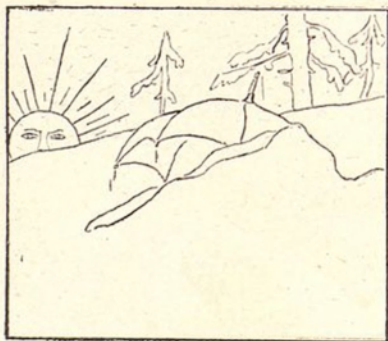
La nieve, cada vez caía con más fuerza y en mayor cantidad y formó sobre él una especie de gruta.



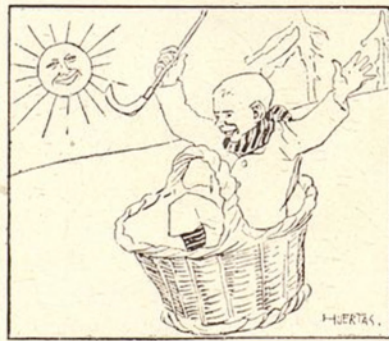
La gruta fué convirtiéndose en una cabaña de las regiones polares, y Manolín en lapón ó samoyedo.



Cerrada por completo, se trocó en un montículo, dentro del cual lloraba Manolín enterrado en vida.



Pasó la noche, y la mirada del rubicundo Febo comenzó á derretir la nieve poco á poco.



Hasta que deshelada del todo, Manolín, loco de contento, renació á la vida, que le pareció más bella.